

© Del texto: Bert Daelemans, 2025

© De la corrección: Adelaida Gil Martínez

© Del diseño: Grabados de Luis Navarro y logotipo de Juli Sasaki

© De la fotografía original: Sergei Ilnitsky. Afganistán, 2001.

© De la edición: Editorial Espacio Ronda, 2025.

Ronda de Segovia, 50 - 28005, Madrid

[www.espaciорonda.com](http://www.espaciорonda.com)

[editorial@espaciорonda.com](mailto:editorial@espaciорonda.com)

ISBN: 978-84-123531-7-4

Depósito Legal: M-14902-2025

Primera edición: Octubre 2025

Imprime: Cofás Artes Gráficas

Impreso en España

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

Ninguna parte de este libro podrá utilizarse ni reproducirse de ninguna manera con fines de entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra está protegida contra la minería de textos y datos (artículo 4, apartado 3, de la Directiva (UE) 2019/790).

Bert Daelemans

# Echarse a volar

*Un viaje a la infancia*

*Prólogo de*

DENKŌ MESA

EDITORIAL ESPACIO RONDA

# Índice

PRÓLOGO <i>Denkō Mesa</i>	15
<i>Pequeña alegría</i>	21
<i>Música</i>	23
<i>Vuelo</i>	25
<i>Brocal</i>	27
<i>Infancia</i>	29
<i>Encuentro</i>	31
<i>Ritmo</i>	33
<i>Plenitud</i>	35
<i>Siempre todavía</i>	37
<i>Descalzo</i>	39
<i>Vida en suspenso</i>	41
<i>Aprender</i>	43
<i>Misterio</i>	45
<i>Ventana</i>	47
<i>Escuchar</i>	49
<i>Debes cambiar</i>	51
<i>Humano</i>	53
<i>Mirar</i>	55
<i>Prestar atención</i>	57
<i>Tejidos</i>	59

<i>Sonrisa</i>	61	<i>Arriesgarse</i>	111
<i>Señalar</i>	63	<i>Miedo</i>	113
<i>Niño</i>	67	<i>Compañía</i>	115
<i>Equilibrio</i>	69	<i>Más allá</i>	117
<i>Camino</i>	71	<i>Canto</i>	119
<i>Insensato</i>	73	<i>Fragilidad</i>	121
<i>Invisible</i>	75	<i>Domesticar</i>	123
<i>Lentitud</i>	77	<i>Fragmento</i>	125
<i>Cielo</i>	79	<i>Vacío</i>	129
<i>Juguete</i>	81	<i>Umbral</i>	131
<i>Liberación</i>	83	<i>Juego</i>	133
<i>Bailar</i>	85	<i>Vivir</i>	135
<i>Ángel sin alas</i>	89	<i>Solo</i>	137
<i>Desde lo alto</i>	91	<i>Victoria</i>	139
<i>Qué soy yo</i>	93	<i>Sabiduría</i>	141
<i>Dominar</i>	95	<i>Tiempo</i>	143
<i>Bestia</i>	97	<i>Volver a ser niño</i>	145
<i>Cruz</i>	99	<i>Ruinas</i>	147
<i>Levedad</i>	101	<i>Levantarse</i>	149
<i>Sueños</i>	103	<i>Descalzarse</i>	151
<i>Inactividad</i>	105	<i>Sin palabras</i>	153
<i>Insustituible</i>	107	<i>Nombrar</i>	155
<i>Pequeño héroe</i>	109	<i>Verbo</i>	157

<i>Desplegar las alas</i>	159	<i>Ternura</i>	205
<i>Sentido</i>	161	<i>Sencillo</i>	207
<i>Amplitud</i>	163	<i>Arte</i>	209
<i>Esperanza</i>	165	<i>Belleza</i>	211
<i>Escalera</i>	167	<i>Destapar el cielo</i>	213
<i>Mirada</i>	169	<i>Pasión</i>	215
<i>Milagro</i>	171	<i>Pregunta</i>	217
<i>Dios</i>	173	<i>Grillo</i>	219
<i>Amar</i>	175	<i>Ascender al cielo</i>	221
<i>Sal de la tierra</i>	177	<i>Naufragio</i>	223
<i>Possible</i>	179	<i>Danza</i>	225
<i>Pequeña victoria</i>	181		
<i>De par en par</i>	183	<b>CODA</b>	229
<i>Beso</i>	185	<b>UNA NOTA DE GRATITUD</b>	235
<i>Batallas</i>	187	<b>NOTAS</b>	239
<i>Vulnerabilidad</i>	189	<b>BIBLIOGRAFIA</b>	249
<i>Amigo</i>	191		
<i>Todo</i>	193		
<i>Pétalos</i>	195		
<i>Polvo de mariposa</i>	197		
<i>Nacer</i>	199		
<i>Esbozo</i>	201		
<i>Inocencia</i>	203		

## PRÓLOGO

Denkō Mesa

El lector que se adentra en las páginas de este hermoso libro hallará un viaje de regreso, una vuelta a la infancia, un reencuentro de lo eterno en lo efímero, una experiencia de ver lo sagrado en lo cotidiano. Estamos ante una obra de nobles sentimientos y hechos constatables que se alejan de lo doctrinal y el relato autobiográfico. El hilo conductor es la apertura al descubrimiento, una llamada a la introspección para asomarse con ella al gozo del asombro.

En castellano existen varios tipos de perifrasis verbales, y la empleada en el título, *Echarse a volar*, denota un movimiento hacia la libertad, un impulso dirigido al corazón de la ternura, la niñez, esa etapa añorada donde la inocencia quizá sea la virtud más valorada por todos nosotros. Esta obra es una verbalización íntima que invoca a la inocencia del ser. Es una sincera declaración de principios, una disertación delicada, honda y esencial.

Ya el índice se convierte en una sugerente invitación a recuperar la mirada interna, pues el autor ofrece, mediante un rico campo semántico, una amplia cromática de paisajes que animan al descubrimiento de lo auténtico. Cada suceso es narrado o sugerido como una ventana abierta a esa otra forma de mirar, de vivir, de estar en el mundo. Desde las primeras páginas, observamos que el juego de unos niños se convierte en símbolo de creatividad y celebración de una vida plena. He aquí el tesoro de vivir bajo el signo de la compañía en libertad. A través de ellos todo se convierte en horizontes de alegría y esplendor. Además, Bert Daelemans acompaña sabiamente sus escritos con variadas citas de grandes pensadores. De la misma manera, las referencias literarias, filosóficas o musicales, por mencionar algunas disciplinas, cobran fuerza a la par que los versos de poetas elegidos. El autor nos conduce, a través de todos estos elementos, al arrullo tierno de esa «infancia que sigue manando agua fresca».

En apariencia estamos ante un ensayo, pero la verdadera naturaleza de esta obra es la de una peregrinación interior. Los capítulos, breves y certeros, actúan como una variación sobre un mismo tema: *la esperanza*. El texto por entero se convierte en una especie de contemplación activa a través de la cual el autor observa, escucha, se deja interpelar por una imagen –que hace muchos años lo acompaña– y responde desde su verdad personal, compartiendo la certeza, sugiriendo mediante un lenguaje preciso y el acierto de una enorme sensibilidad comunicativa. De este modo, en una simple fotografía encuentra una fuente de sentido inagotable e iremos descubriendo, junto a él, cómo un instante detenido en el tiempo puede transformarse en un pozo sin fondo, un espejo del alma, una puerta al mis-

terio. La lectura está repleta de símbolos, como esa apertura de brazos que se hace eterna e invita a fundirnos en la plenitud de todo lo existente.

Desde los primeros compases de lectura, el autor apela a proseguirla con ritmo lento y pausado, en una clara invitación al disfrute tranquilo del encuentro inesperado, a leer ajenos a las prisas y mantenernos distanciados de las expectativas. Es más, en cada hoja que giran nuestros dedos se presentan nuevos horizontes. Todos nos llevan hacia un mismo sabor: la estación de la candidez. En este sentido, cabe citar al poeta canario Pedro García Cabrera, «la esperanza me mantiene», verso que siento plenamente afín a las inquietudes espirituales de esta obra que el lector tiene ahora entre sus manos.

Con su modo de narrar, evocador, cercano y aupado por el aroma de los recuerdos del ayer, su estilo anuncia la poética del silencio, donde la espiritualidad cobra forma en frases y párrafos enteros repletos de profundidad y ligereza expresiva al mismo tiempo. Apreciamos en ellos la virtud del equilibrio entre la sencillez y la hondura que ofrece una pintura impresionista. Con ella, el autor venera lo sagrado, capta los fugaces instantes que son vistos y reconocidos únicamente en un estado de presencia, dando lugar a la comprensión de que «el mundo de lo real no acaba en lo tangible». Lo central en este escrito es el reconocimiento de que lo personal, cuando es verdadero, toca lo universal. La infancia es más que un simple recuerdo. Habla de ella a partir de la experiencia viva, una segunda inocencia que acontece cuando uno se descalza.

Hay algo musical en el modo en que el texto se despliega: variaciones temáticas, repeticiones con sentido, silencios que hablan. A lo largo del libro hay una decisión

constante de habitar lo concreto. El autor se aleja de los discursos elevados; baja, como quien se agacha ante un niño, para mirar desde abajo, desde la fragilidad. El juego, la sonrisa, el miedo, el asombro, el brocal de un pozo, el borde de un cañón... cada uno de estos elementos se convierte en espacio de revelación.

También destaco uno de los momentos más intensos del libro donde escribe: «No intentar interpretar las cosas, sino mirarlas hasta que la luz brote». He aquí esa mirada consabida, no como conquista, sino como apertura a la confianza. Las palabras resuenan bien adentro, encajan unas tras otras, ofreciendo una imagen de la vida completa, armónica y gozosa. Por eso, este libro ofrece posibilidades, apunta respuestas que deben ser descubiertas por el propio lector. La verdad de lo real resuena.

La existencia humana se convierte en gozo con la sencillez y la creatividad constante. Solo a través de la contemplación del misterio llegaremos al descubrimiento de lo que siempre hemos sido. Ante el lector se abre una ventana que continuamente estuvo abierta, la escucha del silencio sonoro donde toda vida cobra forma de apariencia. La lectura va elevando, poco a poco, como hace un buen artesano, el espíritu de lo sagrado. Verlo conlleva un cambio de perspectiva. No son tus ojos los que miran, son los otros los que observan y se reconocen a través de ti en un mismo siendo, como esos niños aludidos a lo largo y ancho de las páginas del libro que devuelven la luz y encienden el corazón de todo ser sensible. Lo más hondo se dice en voz baja. Lo que se busca está en aquello que se nos ofrece sin pretensiones. La belleza se comparte. Esta es la virtud de la inocencia.

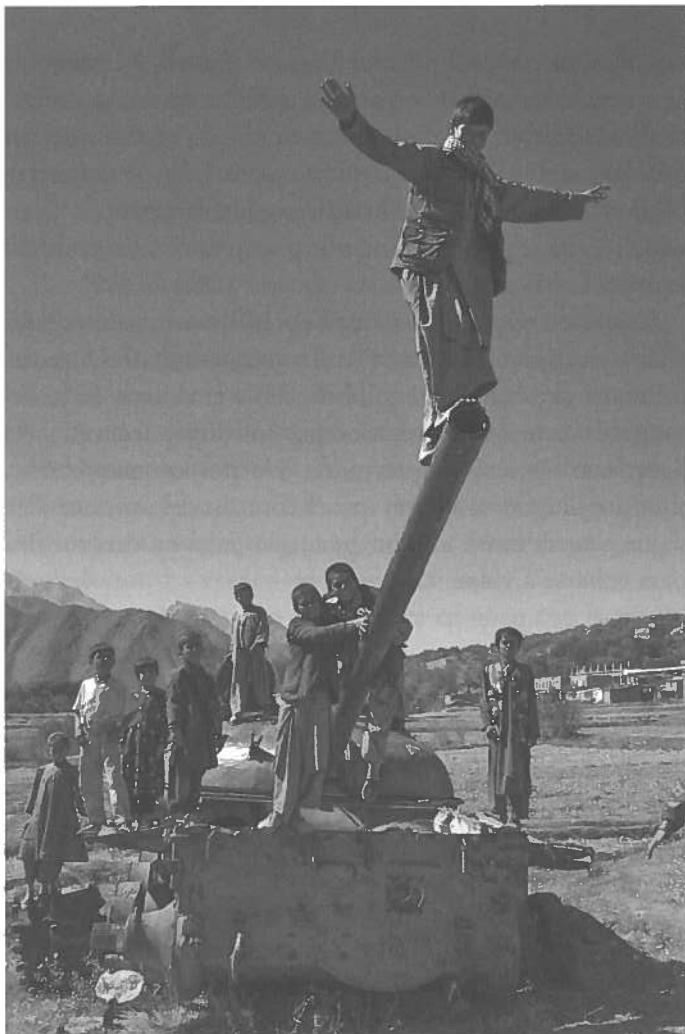
Por todo lo expresado anteriormente, este libro ha sido merecedor del Premio de Ensayo de Espiritualidad,

organizado por la Editorial Espacio Ronda en Madrid, por muchas razones: la hondura de su mensaje, la autenticidad de su voz, la manera en que da testimonio sin proclamar. Hay ecos de la mística cristiana, resonancias bíblicas, referencias a pensadores contemporáneos, pero nada de eso se impone. Todo fluye con naturalidad desde la experiencia concreta.

Con todo ello, el lector queda predisposto y entregado al arte del descubrimiento, se atreve a acompañar este camino sin camino, este equilibrio sobre el abismo de lo insondable, este vuelo sostenido por un nítido recuerdo. Al hacerlo así se verá transformado. No por lo que aprenda, sino por lo que recordará: que el corazón del ser tiene alas y que a veces basta una imagen, una palabra, una sonrisa para echarse a volar.

Denkō Mesa  
Maestro zen

Catedrático de Lengua Castellana y Literatura  
Director de la Comunidad Budista Zen Luz del Dharma



Panjshir, 2001  
Sergei Ilnitsky ©  
Todos los derechos reservados

## Pequeña alegría

*Hoy encontré  
una pequeña alegría. Me hice  
tan pequeño como ella para ser  
el instante que está lleno de ella.*

— Henri Meschonnic

Hay una fotografía que me acompaña desde hace muchos años. Todavía recuerdo el frío reparador de aquella mañana lluviosa. Estaba en nuestra casa en Bélgica, sentado en la mesa de madera alta donde colocamos los periódicos. Medio dormido, medio consolado por los sorbos de café muy caliente, me entregaba al placer matutino de pasar página por página las hojas suaves que olían a tinta fresca y que dejaban marcas negras en las yemas de los dedos como si fueran alas de mariposa.

De golpe, me despertó, me descubrió, me vio. Y me sigue viendo a través de aquel niño que dibuja una cruz en el cielo al buscar el equilibrio en el cañón de un tanque. Ya no recuerdo el artículo que la acompañaba. En todo caso, recorté la imagen como quien libera un jilguero de su jaula para que se eche a volar.

La llevo conmigo como una perla, una joya, una pequeña alegría o una piedra preciosa que, de vez en cuando,

tomo en la mano. La admiro. Es un tesoro que, extrañamente, no he desempaquetado del todo hasta hoy.

Intuía, no, es más, *sabía* —con ese saber con el que uno sabe qué hacer en la vida, el saber que se llama creer y que es, según Pablo d'Ors, la mejor forma de saber, la más humana, la más dulce, la que da más espacio al ser— que me decía mucho, pero no sabía qué exactamente. Nunca he llegado hasta el fondo. Ni siquiera sé si ahora voy a llegar a él. Mañana, quizás, me conceda intuiciones nuevas.

Lo que sí sabía es que siempre podría volver a mirarla y el resultado siempre sería el mismo: me provoca una sonrisa, más en el corazón que en el rostro. Me hace sentir mariposas en el estómago. Cada vez que vuelvo a ella, me encuentro con el mismo efecto: me llena de alegría, siento brotar en mí la pequeña, huidiza virtud de la esperanza.

Todo empezó con una pequeña alegría. Lo admito, sólo es una pequeña alegría; no creo que me cambie la vida. ¿Y si me equivocara? ¿Y si, precisamente por ser pequeña, tiene mucho más poder del que me imagino? Para saberlo, tengo que hacerme tan pequeño como ella y aprender su música.

## Música

*Eres la música  
mientras dura.*

— T. S. Eliot

En esta fotografía, escucho una música. Es muy sencilla: escucho cien variaciones sobre un mismo tema. Ese tema, esa melodía es el ser humano. La música canta las verdades del ser humano. Me dejo llevar por ella. No la oigo simplemente: soy la música.

En ella, dejándome guiar por ella, encuentro frases que se entrelazan, se chocan, se buscan, se rechazan, se repiten... hay fugas por todos lados. Un preludio da lugar a otro. Los tiempos son tan variados y complementarios: alegre, presto, andante, lento, lacrimoso. Hay partes sinfónicas y hay otras donde se luce un solista. Hay tantos movimientos que dan lugar a silencios llenos de ecos sonoros.

Me tomo mi tiempo para escucharla. Me ofrezco como caja de resonancia para oír en mí la música que escucho. Una melodía rítmica me busca. De repente, suena un silbido. Más que variaciones que se acorralan sin dejar huella, un bajo continuo me va construyendo en lo hondo, encauzándome en una clara dirección: hacia la esperanza.